

ANTON ARRIOLA

LA
TRAVESÍA
DEL
VOGA

erein
NARRATIVA

LA
TRAVESÍA
DEL
VOGA

erein

NARRATIVA · 54

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Marzo de 2025

Diseño y maquetación:

A. Beltza | Erein

Ilustración de cubierta:

Iván Ianda

© Anton Ariola

© EREIN. Donostia 2025

ISBN: 978-84-1093-035-3

D.L.: D 297-2025

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus   

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20569 Oiñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

gertugrafika@gmail.com

www.gertu.net



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ANTON ARRIOLA

LA
TRAVESÍA
DEL
VOGA

PREMIO DE NARRATIVA

PLAYA DE ÁKABA 2015

erein

NARRATIVA

*En memoria de Nicola;
y en este mundo, a mis padres.*

«¿Quién, entre vosotros, merece la vida eterna?»

La posibilidad de una isla.

MICHEL HOUELLEBECQ



Roma, 20 de julio del año 2056

Mientras caminaba por las estribaciones de la Piazza Sempione de Roma, Bruno rumiaba lo peculiar que era el encargo que el *capodecina* le había encomendado. Sintió un nuevo brote de rencor al recordar el inicio de la conversación: «Bruno, queremos que te tomes unas vacaciones». Sus músculos se tensaron. En la organización no te ofrecían vacaciones, uno se tomaba un respiro cuando no tenía ningún encargo, asegurándose de estar disponible. Aquello era nuevo y totalmente imprevisto, y lo imprevisto solía conllevar malas noticias. Y en su mundo, las malas noticias podían ser funestas: por lo general, después de recibirlas, no le quedaba a uno mucho de qué preocuparse. La alarma había puesto su mente a trabajar aceleradamente, intentando recordar cuándo y dónde pudo cometer un desliz grave. Porque deslices los cometía frecuentemente, era inevitable en aquel negocio; pero no conseguía dar con nada grave de verdad. El *capodecina*, un hombre grueso de rasgos duros y maliciosos, mostró entonces una mueca ambigua que traslucía suficiencia y regodeo, pero también un vago asomo de preocupación ante el nerviosismo de su subordinado. Bruno recuperó el control de sí mismo,

recordando la máxima de que parecer culpable de algo, aún sin serlo, podía ser fatídico.

—No necesito vacaciones. ¿Por qué iba a necesitarlas ahora?

—Unas vacaciones le vienen bien a todo el mundo. Además, estamos en verano...

—No necesito vacaciones, jefe.

El *capodecina* le miró fijamente a los ojos y con otra mueca ambigua decidió dejar de joderle. No tenía motivos para dudar de Bruno, pero era una necesaria deformación profesional el recelar de todo el mundo.

—Queremos que hagas un encargo mientras disfrutas de esas vacaciones —aclaró.

Bruno se relajó, tragándose la inquina que aquellos pequeños juegos le producían. Él era un soldado experto y fiel, y su jefe se estaba haciendo mayor, quizás el relevo no estuviera lejos. Era probable que esa fuese la razón por la que lo provocaba más de lo habitual.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó, sin ocultar un leve gesto de resquemor.

—Tú navegabas a vela en la bahía de Nápoles, ¿verdad?

—Sí, jefe —la pregunta lo sorprendió de nuevo, pero esta vez no dejó traslucir ninguna emoción—. Hasta los veinte años me pasaba buena parte del día impartiendo clases de vela en la escuela del puerto de Molosiglio. Navegando golfo arriba, golfo abajo.

—Perfecto. ¿Quién hubiera pensado que esos conocimientos nos iban a venir bien? Bueno, quiero que te embarques en un velero el uno de agosto, en Venecia. Vas a formar parte de la tripulación que acompañará a dos parejas durante las siguientes semanas. Gente importante, pero inofensiva, un asunto sencillo. El destino final es la isla de Menorca, quieren ir navegando con tranquilidad,

parando en diferentes lugares a lo largo de la ruta. Han alquilado un velero por cuatro semanas... esas serán tus vacaciones.

Bruno observó a su *capodecina*, intentando discernir si continuaba jodiéndole. Pero su mirada no reflejaba ningún atisbo de ironía.

—¿Y el encargo? —preguntó.

—Uno de los pasajeros. Le daremos, por petición del cliente, el nombre de Fénix.

Tras pensarlo un segundo, Bruno miró a su jefe con perplejidad. Se preguntaba qué sentido tenía embarcarse cuatro semanas con el objetivo y tres acompañantes más. Si se trataba de liquidar al tal Fénix, lo normal y mucho más sencillo era completar el cometido antes de que comenzara el crucero. El *capodecina* intuyó la fuente de su extrañeza.

—Sí. Lo singular del encargo es que no debes ejecutarlo hasta que recibas luz verde, y pueden pasar semanas hasta que llegue. Se puede dar incluso la eventualidad de que, finalmente, no tengas que arreglarlo. En ese caso los dejas en Menorca y te vuelves a casa.

Tras procesar aquella información, Bruno se dispuso a pedir más aclaraciones —de qué dependía la luz verde, cuándo era previsible que llegara...—, pero, por la expresión de su jefe, comprendió que no cabía hacer más preguntas, que esas eran todas las indicaciones con que contaba.

—Entendido —dijo—. ¿Quién dará la luz verde?

—Quiero que te vayas a verlo ahora mismo. Su nombre es Bonavita. Te espera en el Paradisso de Piazza Sempione, a las doce y media. Os dais un paseo y te lo cuenta. Norteamericano. Metro ochenta y cinco, delgado, calvo, gafas y aspecto de cura.

—De acuerdo —asintió Bruno tras consultar mecánicamente su reloj.

—Está todo arreglado con el propietario y la sociedad que gestiona el alquiler del velero. Los detalles están en este sobre. Quiero que te lleves contigo a alguien de confianza y que no despierte sospechas, alguien que no desentone en un velero. Marietta es la persona ideal.

Bruno acogió las directrices con un atisbo apenas perceptible de ironía. Marietta, con la que ya había trabajado en algún encargo, venía pisando muy fuerte. Tenía sangre fría, una inteligencia rápida e intuitiva y era despiadada como el que más cuando hacía falta. Además de su dominio del inglés y de la informática, quedaba la opción de utilizar sus encantos femeninos, que no eran nada desdeñables. No cabía duda, lo tenía todo para ascender en la estructura; a ojos de los jefes era «la persona ideal» para cualquier encargo. A eso se añadía que era palermitana, descendiente de generaciones de miembros de la organización, no como él, un napolitano emigrado al norte, que había sido incorporado en la expansión de la rama milanesa. Hacía apenas dos años desde que fue transferido a Roma, tras operar otros siete en el norte.

El *capodecina* se levantó entonces dando por finalizada la conversación y abrió sus brazos sin variar el rictus serio de su rostro. Bruno se levantó al momento y se estrechó en un leve abrazo ceremonial con su jefe. Tras besar sus mejillas, este lo retuvo un instante y arrimó la boca a su oído.

—Bruno, esto viene del otro lado del océano y de muy arriba. Es importante ser impecables.

Bruno volvió a mirarlo a los ojos un momento y agachó ligeramente la cabeza en señal de asentimiento. Su jefe deshizo el abrazo, giró sobre sus talones y abandonó el pequeño bar del extrarradio romano donde se habían citado en aquella ocasión, uno entre la media docena de locales en los que solían fijar sus encuentros.

Al llegar a la altura del Paradisso identificó sin dificultad a su cliente. Estaba sentado en una de las cuatro mesas que había en el exterior, mirando nerviosamente a diferentes puntos de la plaza. Al descubrir a Bruno inmóvil sobre la acera, fijó su mirada en él; transcurridos unos segundos, le hizo un leve gesto con la cabeza. Bruno se acercó con calma hacia la mesa.

—Bonavita, si no me equivoco —dijo al encontrarse a un par de metros.

—¿Bruno?

—El mismo. ¿Quiere que me siente o damos un paseo?

—Acabo de pedir un café. Si le parece, siéntese y tómese algo.

Bonavita señaló una silla delante de él, pero Bruno eligió sentarse justo a su lado, desde donde tenía una visión panorámica de toda la plaza. Llamó al camarero y pidió un café solo. Permanecieron en silencio hasta que este trajo las consumiciones. El italiano observaba de refilón al americano: se le veía inquieto, pero sus ojos brillaban intensamente, reflejando una determinación absoluta. Aquel hombre tenía el aspecto de tener muy claro lo que quería. Quizás fuera el detalle de llevar la camisa abotonada hasta arriba lo que le confería el aspecto de cura. Eso y el brillo de su mirada, que se podía interpretar con facilidad como reflejo de un ardor mesiánico. En ese momento se dirigió al camarero.

—Cóbreme por favor.

—¿Perdone? —el camarero no estaba seguro de haber entendido.

—Que nos traiga la cuenta —intervino Bruno raudó. Bonavita hablaba un italiano correcto, pero su acento era difícil de captar si uno no seguía sus labios con atención.

Tras pagar se levantaron y se dirigieron hacia Corso Sempione. Bajaron por la calle sin intercambiar una palabra y al llegar a Vía Maie-lla accedieron a un pequeño parque. Bonavita se decidió entonces

a hablar, y lo hizo en un tono profesional que pretendía mostrar seguridad, pero que no lograba ocultar su nerviosismo.

—¿Le han puesto al corriente? —preguntó.

Bruno adoptó la misma inflexión, carente en su caso de vacilación alguna.

—Sí, el objetivo es Fénix. Pero hay que esperar a tener luz verde. Entretanto, acompaño a las dos parejas en su travesía por el Mediterráneo. ¿Cómo y de quién recibo la luz verde?

—Exclusivamente de mi persona. En el caso de tener que hacerlo, le enviaré un mensaje a su teléfono: «*Adelante Fénix*». Si finalmente lo recibe, es imprescindible que parezca un accidente. Entiendo que será fácil en un velero en medio del Mediterráneo.

—Por la cuenta que me trae, ya que voy a pasar días o semanas con esa gente a cara descubierta. ¿Algo que deba saber respecto a los pasajeros?

—Paolo Balsotti y su mujer Claudia Scuarza. Él dirige una pequeña firma de publicidad, de su propiedad, en Milán. Ella trabaja en la universidad, por lo visto pasa la mayor parte del día leyendo. Son amigos íntimos desde los tiempos de juventud del... objetivo —titubeó—, de Fénix. Se trata de Federico Poli, un triunfador de Wall Street. Ha hecho carrera y fortuna en las finanzas internacionales, y actualmente es presidente del Sherman First Bank, en Nueva York. Es inteligente e intuitivo, y puede ser duro como el pedernal. A la cuarta pasajera, Sofía Costamagna, quizás la conozca de la televisión, lleva más de veinticinco años presentando diversos programas informativos para la RAI. Es perspicaz y precavida. Con estos dos deberá extremar las precauciones, cualquier desliz les puede hacer sospechar.

Bruno procesó aquella información, intentando identificar algún detalle en el que conviniera profundizar.

—¿Fénix y la periodista son pareja? —preguntó al fin.

—No, pero tengo entendido que lo fueron durante unos años en su juventud.

—¿Algo más que deba saber?

Bonavita caviló en silencio unos segundos para finalmente negar con un movimiento de cabeza. Quería evitar dar demasiados detalles. Deseoso de concluir aquel trámite, comprobó que al sicario le bastaba con la información recibida y se dispuso a dar por finalizada la conversación. Tras intercambiarse los números de móvil y despedirse, el americano se dirigió a la entrada del parque y, de nuevo en Vía Maiella, esperó a que pasara un taxi. Ante la poca afluencia de estos decidió acercarse hasta la esquina con Corso Sempione y allí no tardó en localizar uno. Se montó en él y dudó un instante; todavía disponía de varias horas antes de coger su vuelo de vuelta a Washington. Lo primero era informar del resultado del encuentro, que él consideraba satisfactorio. Su impresión era que estaban tratando con gente profesional, que sabía lo que hacía. Podían confiar en que, en caso de confirmarse, el encargo sería cumplimentado eficazmente y sin levantar sospechas. Pero aquella llamada podía hacerla paseando tranquilamente por Roma, reconvertido de nuevo en un turista más. Cerrando la puerta del taxi, se dirigió al conductor: «A la Piazza San Pietro, por favor».

Mientras tanto, Bruno abandonó el parque y caminó en dirección opuesta hacia Vía Nomentana. Repasó mentalmente la singularidad de aquel encargo. Convivir con aquella gente en un velero, sin saber si finalmente tendría que eliminar a uno de ellos... a «un triunfador de Wall Street». Él recordaba haber visto un par de películas en las que, lo que en su mundo se hacía con brutalidad, aquellos ejecutivos lo hacían con corbata y mucho estilo. Pero en resumen venía a ser lo mismo: maximizar beneficios y quitar de en medio al que

molesta. Supuso que el tal Poli debía de molestar mucho. Daba por sentado que la luz verde llegaría y que tan solo habrían de esperar al momento más oportuno para hacerlo. No, no eran precisamente unas vacaciones; pensó que normalmente las cosas eran mucho más impersonales, no solía haber trato personal con el objetivo, y eso facilitaba las cosas. Decidió mantenerse al margen en lo posible, dedicarse a la navegación y que fuese Marietta la que se encargara del trato diario con los pasajeros. Extrajo entonces su móvil y buscó el número de la que iba a ser su colaboradora en aquel extraño encargo.

— 2 —

El recuerdo afloró en la mente de Federico al llegar al campanile de la Basílica; también llovía el día que embarcaron en su primera travesía, hacía ya cuarenta años. Por sorpresa, una tormenta se adueñó de la Piazza San Marco, descargando un violento aguacero. Recordaba haberse quedado paralizado, absorto en el flujo de agua que recorría su cuerpo. A unos pasos, Paolo comenzó a realizar extraños movimientos: parecía combinar cabriolas de ballet con figuras de esgrima. Federico observaba cautivado aquella danza cuando Sofía y Claudia empezaron a cantar y a bailar. Se encontraban frente al Palacio Ducal, donde la plaza se abre al Gran Canal; en el lugar en el que, a juzgar por los cuadros de Canaletto, el pueblo veneciano se reunía en festividades y celebraciones. Sobre las mismas baldosas desgastadas que atravesaban ahora apresurados, colmadas de agua y de historia, chapotearon, rieron, saltaron y aullaron. Bastó el influjo de la tormenta para despertar en ellos una alegría desbocada. Su sangre

bullía y les decía que lo único importante era su propia historia, esa que aún les quedaba por vivir.

Evocando el episodio, Federico se detuvo unos segundos. ¿Qué quedaba de aquella alegría en este viaje otoñal? Habían gastado el futuro y ya solo les restaba el pasado, en lugar de dirigirse como entonces hacia territorios por descubrir, embarcaban esta vez rumbo a sus recuerdos... escanciadas y apuradas estaban ya ilusiones y esperanzas. Sin embargo, pensó, él tenía ante sí la posibilidad de una nueva vida; una opción que le distinguía de aquellos compañeros de juventud y confería a su mirada una luz diferente, reflejo de sentimientos encontrados.

Ralentizaron su marcha unos metros más adelante, para contemplar bajo los paraguas el bello frontispicio del Palacio. Federico aprovechó para recapitular sobre la impresión que, aquella mañana, en el vuelo a Venecia, le habían causado sus acompañantes; hacía años que no los veía y se dedicó un buen rato a observarlos. Paolo seguía actuando incansable, como si lo que les quedaba por vivir fuera a asemejarse a las andanzas de su juventud, desplegando una actitud vivaracha y algo infantil que, por momentos, le produjo una leve irritación. Pero, a fin de cuentas, tal vez fuese el más afortunado, ciego ante la decrepitud, con la mirada todavía inocente e ilusionada. Aquella energía y un cuerpo bien mantenido le daban un cierto aire juvenil, a lo que contribuía su espesa cabellera —a pesar de haber adquirido ya un color blanco platino—. Ellas por su parte intentaban, al igual que hacía él, sobrellevar con dignidad el paso de los años. Sin embargo, el rostro de Sofía no había perdido su gran belleza, y tanto ella como Claudia, que mantenía su gesto de siempre, serio y bondadoso, parecían reflejar la serenidad del que ha resuelto sus cuentas con la vida. A la luz de este pensamiento rebobinó las sutiles diferencias en la naturaleza de sus gestos, los matices en sonrisas

y miradas... le atravesó entonces una fugaz amargura que le sacó de sus cavilaciones.

Se acercó a los demás y retomaron el camino hacia la orilla del canal, donde torcieron a la izquierda para enfilar la Riva degli Schiavoni. Apresuraron el paso bajo la lluvia que arreciaba y, tras superar un par de puentes, alcanzaron el muelle donde les esperaba atracado el velero. Unas horas antes habían dejado allí su equipaje y conocido a Bruno, el *skipper*. En ese momento salió para ayudarlos a subir por la pasarela de embarque; intercambiaron un rápido saludo y se refugiaron en el interior. Claudia se dispuso entonces a preparar un té, mientras las gotas crepitaban en cubierta de forma violenta.

Con la taza humeante entre las manos, Federico se abstraigo un largo rato en aquel sonido, rítmico y variable. Pensó que la lluvia debía de ser uno de los elementos a incluir en su lista; al menos ese tipo de lluvia que provoca una sutil argamasa de sosiego y esperanza, un estado de tiempo suspendido. Después del té, pasaron el resto de la tarde jugando a las cartas, leyendo, cruzando miradas, inseguros de lo que, a estas alturas, significaban los unos para los otros; aburriéndose de oír llover. Porque la lluvia también exaspera —la repetición continuada aniquila toda magia—, y terminó por ensombrecer su ánimo. Federico razonó entonces que tal vez la lluvia fuese tan solo un espejo, y no mereciera estar en la lista, después de todo. Aquella noche se recogieron pronto en los camarotes. Como cada día desde hacía más de dos meses, él se durmió dándole vueltas a la decisión que tenía que tomar. Todavía algo confuso, había decidido elaborar un catálogo con todo aquello por lo que merecía la pena vivir. Una guía que lo ayudara a dar aquel paso decisivo.

Al día siguiente, mientras desayunaban en cubierta, conocieron a Marietta. Era una muchacha muy joven, de piel morena y cuerpo liviano pero bien formado, en el que llamaba la atención la gran llamarada que llevaba tatuada bajo el hombro de su brazo izquierdo. Sus rasgos eran un tanto caóticos y resultaba difícil conciliar la simetría de su rostro; sin embargo, de aquel caos afloraba una inquietante belleza meridional, exótica y arrebatadora. Los observaba desde la profundidad de sus ojos negros, mostrando un desparpajo rayano en el desdén, pero pronto los desarmó con su conversación alegre y su peculiar entonación siciliana. Bruno les informó de que, además de encargarse de la intendencia del velero durante la travesía, Marietta era una excelente cocinera.

Tras el desayuno, se dispusieron a recorrer el Voga, nombre del velero en el que iban a pasar las siguientes semanas. El día anterior, dado que no dejó de llover hasta bien entrada la madrugada, se limitaron a recorrer los espacios interiores. Era una embarcación de veinticinco metros de eslora, perteneciente a un empresario del mundo de la moda que, durante algunas semanas al año, la alquilaba a clientes selectos. En su interior examinaron con aprobación el buen gusto del propietario: los camarotes y el salón-comedor estaban amueblados lujosamente, pero con ese lujo sobrio y sin florituras característico de los veleros de época. En cubierta, la bañera exterior contenía una espaciosa mesa rodeada de una bancada acolchada, donde habían desayunado aquella mañana y donde harían sin duda la mayor parte de las comidas y de la vida a bordo. Pronto pudieron observar que, a pesar de ser un velero de recreo, donde se había buscado el confort con esmero, la línea del casco y su enorme palo prometían una navegación rápida y eficiente. El aparejo del barco consistía en ese único mástil, con dos *stays* de proa. Continuaron un buen rato recorriendo la cubierta, evaluando detalles de

la maniobra e identificando espacios donde en los próximos días y semanas, mientras surcaran las aguas del mar Mediterráneo, podrían acomodarse y disfrutar de la brisa y del suave balanceo. Claudia se cansó pronto de los aspectos técnicos y se sentó con un libro en uno de aquellos rincones. Apenas los demás hubieron concluido la inspección, Paolo se dirigió al *skipper* con una sonrisa apremiante: «Bruno, ¿izamos velas?».

Poco antes del mediodía soltaron amarras y el Voga zarpó ante la mirada de un nutrido grupo de curiosos. La Riva degli Schiavoni, que durante siglos había sido uno de los muelles comerciales más importantes de Venecia, era en la actualidad el paseo preferido por los miles de turistas que asolaban la ciudad marítima cada día. El bullicio del antiguo mercado de alimentos y artesanías había sido sustituido por el ir y venir torpe y desorganizado de ruidosas hordas de excursionistas. Observaron desde cubierta aquella marabunta de seres inquietos y fastidiosos, que los apuntaban sin pudor con los objetivos de sus cámaras, complacidos porque en breve iban a poner todo un mar de por medio. Bruno se aprestó entonces a subir la vela mayor para aprovechar la ligera brisa que soplaba del sudeste; mientras Paolo lo ayudaba con la driza, Federico tomó la rueda del timón y aproó el barco al viento. Una vez trimada la vela, puso rumbo al este con intención de seguir la vía principal de navegación que da acceso a la ciudad. El *skipper* desenrolló la gran génova del *stay* principal de proa y el Voga aceleró sobre las tranquilas aguas del canal de San Marcos. Dejaron a estribor la isla de San Giorgio Maggiore, mientras que por babor podían observar cómo se alejaban el Palacio Ducal, las cúpulas de la basílica de San Marcos y el campanile. Maniobrando entre *vaporettos*, se dirigieron hacia la salida de la laguna.

Al traspasar la barrera natural del Lido veneciano y alcanzar finalmente mar abierto, ya en aguas del Adriático, Federico respiró la

brisa marina con deleite y le vinieron a la mente memorias de aquella otra salida de Venecia, tantos años atrás. El recuerdo le hizo buscar a Sofía y sus ojos la encontraron sentada en popa. Al sentirse observada, ella devolvió una mirada dulce y risueña que, por un breve instante, le recordó la ilusión sin límites que le embargaba al iniciar aquella lejana travesía.

— 3 —

Se conocieron en Milán, en un bar del barrio de Brera. En ese tiempo, ellos cursaban el tercer curso de administración de empresas en la Universidad Comercial Luigi Bocconi, y ellas acababan de ingresar en la facultad de periodismo. Paolo utilizó su simpatía natural para entablar una conversación que las interesó lo suficiente para acompañarlos al siguiente bar; por su parte, Federico trató de encontrar líneas incisivas que solo consiguieron desconcertarlas. Paolo era un ser alegre y vital, dotado de un espíritu práctico y una capacidad de empatía ideales para surcar con éxito las agitadas aguas de la temprana juventud; permanecía siempre a ras de suelo. Federico, sin embargo, era un chico tímido y estudioso, que despegaba continuamente hacia altas y brillantes esferas, hacia destinos de grandeza poco definidos pero siempre gloriosos. Soñaba con distintas formas y escenarios en los que sus elevados méritos fuesen admirados. En pocas palabras, era vano y orgulloso y se tomaba demasiado en serio a sí mismo, un rasgo cuya utilidad en determinados ámbitos constataría con posterioridad, pero que también podía convertirte en aburrido o incluso mezquino, para los demás y para uno mismo. Y que, en aquella época, hacía de él un joven desapegado, con poca empatía y un gran desconcierto ante el iniciático

baile inaugural de la vida adulta, que se desarrollaba con intermitente desenfreno a su alrededor. A pesar de ello, su amistad con Paolo le evitó un despertar juvenil enteramente gris e introspectivo. Fueron años en los que, entre el alcohol y las muchachas, él fue su guía.

Así, de la mano de Paolo, pudo conocer a Sofía, al igual que a algunas otras. Pero fue Sofía la que despertó en él esa explosión de ilusión y anhelo propia del primer amor. Tras un arranque dubitativo en el que, tal y como más tarde le confesaría, ella se preguntó si merecía la pena aquel muchacho, Sofía se sintió atraída por la intensidad que palpitaba bajo su falta de práctica mundana, y terminó enamorándose de aquel chico espigado, de mirada tímida y perdida, que hablaba y pensaba con excesiva seriedad y que deseaba fervientemente llegar a ser alguien. Federico adoraba su sonrisa pícara, sus ojos de un color gris azulado, su cabello tostado y su cuerpo esbelto. Y, sobre todo, la naturalidad que fluía libre en ella y de la que él carecía por completo. Al recordar ahora con añoranza aquellas sensaciones exaltadas, no le cabía duda de que el amor debía de ser el primer elemento de una lista que recogiera aquello por lo que merece la pena vivir. Incluso a pesar de su inevitable vulnerabilidad a los estragos del uso y del tiempo. Más tarde aprendería que el enamoramiento envanecido del primer amor suele carecer de consistencia, y que no es desde luego ni el más generoso ni el más abnegado; pero al menos en su caso, fue sin duda el más enardecido e impetuoso.

La relación entre Paolo y Claudia progresó en paralelo a la suya, y transcurridos unos meses titubeantes, los cuatro se hicieron inseparables. En contraste con el temperamento inquieto y algo desbocado de Paolo, Claudia tenía un carácter tranquilo y reflexivo. Con los años se fue convirtiendo en una lectora obstinada, adquiriendo una vasta cultura y una sutil perspicacia intelectual. Por lo demás era una persona sin ambiciones, amante de una vida carente de

responsabilidades, que se regía por la máxima de vivir y dejar vivir. Su personalidad nada posesiva posibilitó que la pareja no se rompiera, a pesar de las numerosas ocasiones en las que Paolo le dio motivos más que suficientes. Poco a poco, fue gestándose entre ambos un extraño vínculo que les había permitido seguir juntos desde entonces.

El verano en el que Federico y Paolo se graduaron, deseosos de disfrutar plenamente de sus últimas semanas antes de entrar en el mercado laboral, barajaron diferentes destinos, lejos de la Milán fría y acuciante en la que habitaban. Federico navegaba desde niño y la idea no tardó en acudir a su cabeza: ¿por qué no perderse en mitad del mar? Ciertamente allí las urgencias de la vida urbana no los podrían alcanzar. La propuesta fue recibida con entusiasmo, y decidieron alquilar un pequeño velero para realizar su primera travesía por el Mediterráneo.

Ahora, cuatro décadas después, repetían aquel viaje. Fue Paolo quien propuso la idea un par de meses atrás, con escasa fe, ciertamente, en que sus amigos aceptaran. Sin embargo, a pesar de que llevaban años sin verse, la idea excitó desde el principio la curiosidad de Federico. Era un momento difícil y crucial en su vida, en el que necesitaba evadirse y reflexionar. Debía tomar una decisión trascendental, en el sentido pleno de la palabra. Es cierto que podría haber elegido otro destino y otra compañía, o de forma más lógica, recluirse sin compañía en algún lugar. Pero, precisamente en aquel momento, le pareció que volver a viajar por el Mediterráneo con sus amigos de juventud tenía mucho sentido. Retornar a sus orígenes, cerrar de alguna manera un círculo, antes de abrir otro totalmente novedoso. En realidad, era consciente de que cuando hablaba de un viaje con sus amigos de juventud se trataba de un eufemismo; sabía que, fundamentalmente, estaba interesado en volver a ver a Sofía.

En las semanas que precedieron al embarque habló y se escribió numerosas veces con ella. Asumió la dirección del viaje y se encargó de alquilar el velero y de establecer los diversos detalles logísticos. Con aquella excusa, aprovechó para mantener una comunicación frecuente con su antigua pareja, mucho más allá de la estrictamente necesaria. Los viejos recuerdos fueron reproduciéndose en su memoria, y cuando cogió el avión a Italia ardía en deseos de encontrarse de nuevo con ella.

— 4 —

El Voga estaba fondeado en el archipiélago de Kornati, el más denso del Mediterráneo, con más de ciento cincuenta islas en muy pocos kilómetros cuadrados. Roca blanquecina y pequeños arbustos eran los únicos elementos que las conformaban. Navegando unas horas antes por aquellas aguas, apenas vieron señales de vida, tan solo alguna cabra que conseguía sobrevivir en aquel territorio desértico de roca, mar y viento.

Conversaban en la bañera de cubierta cuando Federico emergió por la escotilla principal, blandiendo unos folios. Hacía tiempo que había ideado realizar una pequeña pantomima en la primera cena de la travesía.

—Os propongo un juego para esta noche —anunció. Los otros tres interrumpieron su conversación y lo miraron expectantes. Federico adoptó un ademán serio, traicionado sin embargo por el brillo travieso de sus ojos. Es un juego que requiere cierta preparación —prosiguió—, aquí tengo las biografías de tres importantes personalidades históricas que tendréis que encarnar en la cena de esta noche.

En abril del año 2013, el presidente de los EE.UU., Barack Obama, anunció un proyecto de investigación denominado Brain Initiative (**B**rain **R**esearch through **A**dvancing **I**nnovative **N**eurotechnologies Initiative), con el objetivo de hacer un mapa completo de la actividad neuronal del cerebro humano (de los circuitos neuronales y de cada neurona), sobre la base del esquema utilizado en el Proyecto Genoma Humano. Se ha proyectado que la iniciativa tendrá un coste de trescientos millones de dólares anuales durante los siguientes diez años.

En octubre del año 2013, fue presentado en la École Polytechnique Fédérale de Lausanne el Human Brain Project (HBP), programa de investigación auspiciado y financiado por la Comunidad Europea con el objetivo de simular el cerebro humano en supercomputadoras. La visión del proyecto es lograr, a través de dicha simulación, una comprensión profunda de lo que nos hace humanos, la construcción de tecnologías de computación revolucionarias basadas en el funcionamiento del cerebro humano, y el desarrollo de nuevos tratamientos para las enfermedades mentales. El presupuesto inicial del HBP es de mil millones de euros en los siguientes diez años.

En noviembre del año 2022, Open AI dio a conocer un chatbot conversacional llamado ChatGPT (Generative Pre-trained Transformer), dando inicio a una nueva era en la evolución de la Inteligencia Artificial y su interrelación con los humanos.

